

RAMON CORRAL

En la Hacienda de las Mercedes, Alamos, Sonora, nació el 10 de enero de 1854, y falleció en París el año de 1912.

Periodista, escritor, político activo. Fue diputado por Alamos en su Estado y diputado federal. Gobernador de Sonora en 1887-1891 y en 1895-1899, en donde se distinguió por su capacidad constructiva y de estadista. Fue, como Uruchurtu, Gobernador del Distrito Federal en 1900, Secretario de Gobernación en 1903. En 1904 fue designado Vicepresidente de la República, puesto que ocupó otra vez en 1910. Fue Secretario de Gobernación en 1911, puesto al que renunció desde Europa, en donde falleció.

Como periodista fue republicano y combatió al Imperio a través de *El Fantasma* y *La Voz de Alamos*. Sus escritos reflejan tanto su inclinación a historiar y ocuparse de su provincia como de aspectos salientes del país como se ve en sus *Obras históricas*, recogidas en 2 volúmenes en 1959.

Se han referido a él: José F. Godoy, *Enciclopedia biográfica de contemporáneos*, Washington, Establecimientos Tip. de Thos. W. Cadick, 1898, 322 p., ils., Ireneo Paz, *Los hombres prominentes de México*, México, Imp. y Lit. de La Patria, 1888, 488, II p. ils. y también en *Album de la Paz y el Trabajo*, México, Edit. Ireneo Paz, 1910, 359 p. ils., *América contemporánea. Apuntes biográficos por reputados escritores*. México, Primera Serie, París, S.c. 1907, 2-70-[2] p. ils.; *México Ilustrado. Distrito Federal. Su descripción, Gobierno, Historia, Comercio e Industrias. La biografía del Sr. General D. Porfirio Díaz en español e inglés*. Dibujos de Julio Ruelas. Publicado bajo la autorización del Gobierno del Distrito por J. R. Southworth, Liverpool, England, Blake and Mackensie, 1903, 168-[4] p. Uriel Carrasco, *Album Nacional al C. Don Ramón Corral, Vicepresidente de la República Mexicana*, México, Juan Corona [s.d.] 113 h., y Manuel R. Uruchurtu, *Apuntes biográficos del Licenciado D. Ramón Corral desde su nacimiento hasta encargarse del Gobierno del Distrito Federal (1854 a 1900)*, México, Eusebio Gómez de la Puente, 1910, 264 p. ils. Santiago Sierra, *Apuntes biográficos del C. Ramón Corral, candidato de la clase obrera a la Vicepresidencia de la República en el próximo sexenio*, México, Talleres Tipográficos de Carlos Unda, [1909], 24 p. ils.; Ignacio B. del Castillo, *Biografía de D. Ramón Corral*, México, Imprenta dirigida por Juan Aguilar Verla, 1910, 75 p.

Fuente: Ramón Corral. *Obras Históricas: Reseña histórica del Estado de Sonora, 1856-1877; Biografía de José María Leyva Cajeme. Las razas indígenas de Sonora*. No. I. Hermosillo, Sonora, [s.e.] 1959. 260 p. Retrato del autor. (Biblioteca Sonorense de Geografía e Historia) p. 149-164.

CAJEME

El último cabecilla del Yaqui, el terrible Cajeme, cuyo nombre resuena hace dos años en toda la República, acaba de ser aprehendido por el general Angel Martínez, jefe de la Primera Zona Militar, en San José de Guaymas. Este guerrero indio, que nos hace recordar a los héroes legendarios de la época de Xicotécatl, célebre en Sonora desde hace doce años por la dominación que ha sabido ejercer en las tribus yaqui y mayo, manteniéndolas independientes, ha adquirido proporciones colosales extendiendo su fama por todo el país, durante la última guerra que aquellas razas belicosas han sostenido con las fuerzas del Ejército Nacional.

Y en verdad que esa fama es bien merecida. La lucha ha sido prolongada y terrible, y durante ella, Cajeme ha dado pruebas no solamente de un valor que nadie se atreve a negarle, sino también de una constancia y una firmeza a prueba de infortunios, herencia de su raza indomable.

Yo lo he visto en su prisión en Guaymas, en el mismo alojamiento del general Martínez, quien tiene la noble generosidad de guardar al vencido toda clase de consideraciones. De él mismo he recogido los datos que me sirven para escribir estos apuntes y si he de ser justo, debo confesar que, a juzgar por lo que sabemos en Sonora de la vida de este indio y que él mismo me ha repetido con la mayor ingenuidad, todos los antecedentes que voy a consignar tienen el mérito de la exactitud.

José María Leyva Cajeme nació en Hermosillo en el año de 1837. Sus padres fueron Francisco Leyva y Juana Pérez, yaquis de raza pura, el primero originario del pueblo de Huirivis y la segunda de Potam. Los primeros años de su vida los pasó nuestro héroe en el pueblo de Ráun, sumido en esa profunda ignorancia y en esa obscuridad que son comunes a los hijos desheredados de su tribu. El único incidente que turbó la monotonía de aquella existencia fue un viaje a California en 1849. Francisco Leyva, acompañado de su hijo, dejó su querida tierra del Yaqui y formó parte de una de aquellas memorables expediciones que se lanzaban como una avalancha en pos de los fabulosos placeres de oro que como una creación de la lámpara de Aladino, habían brotado en los entonces desiertos de California. Nuestro héroe tenía apenas doce años y aún se acuerda de una vez en que la codicia de los americanos obligó a un grupo de mexicanos a defender su oro, arma en mano, como sucedía muy a menudo en

aquella agrupación de aventureros que no tenían más Dios que el oro ni más ley que la fuerza. Al lado de su padre empuñó el joven Leyva un fusil, hasta que una transacción entre mexicanos y americanos hizo deponer las armas.

Después de mucho tiempo de penalidades y trabajos, consumiendo en las necesidades más imperiosas de la vida todo el oro arrancado a la tierra con afanes sin cuento, rendidos de cansancio y perdida la esperanza de hacer fortuna, Francisco Leyva y su hijo emprendieron la vuelta a su hogar, como otros muchos, con el desaliento en el alma y con unas cuantas migajas de oro en el bolsillo.

Los padres de Cajeme no eran de esos indios sin aspiraciones y embrutecidos que encierran toda su ambición en la necesidad brutal de satisfacer el hambre; habían vivido entre los blancos y comprendían las ventajas de la civilización; la madre aún vive, la conozco y me consta que además de ser una mujer que está muy lejos de merecer el nombre de salvaje, reúne a una inteligencia clara, aunque inculta, una energía increíble en una anciana de setenta años.

La cultura embrionaria de los padres, y las dotes que veían o adivinaban en su hijo, los impelió a mandarlo a Guaymas a la escuela, poniéndolo bajo el cuidado del prefecto don Cayetano Navarro. De los 16 a los 18 años estuvo, pues, el joven José María cursando las aulas y logró aprender a leer, escribir y las primeras nociones de la aritmética.

En aquella época fue cuando recibió su bautismo en la guerra. Conocido nos es el heroico episodio del 13 de julio en que fue derrotado el filibustero conde de Raousset-Boulbon. Cajeme dejó el libro elemental para empuñar el fusil y tomó parte en la memorable jornada como soldado del batallón "Urbanos".

Los escasos conocimientos adquiridos en la escuela y aquel episodio despertaron en el joven indio otras ambiciones. Quiso conocer el mundo y se apoderó de él ese deseo de viajar y de vivir por sí mismo que siempre se desarrolla en ciertas organizaciones, y sin permiso de sus padres se lanzó en busca de aventuras, como un nuevo Gil Blas. Llegó a Tepic y la necesidad de buscarse la vida y de aprender algo útil que le sirviera para continuar sus viajes lo llevó al taller de un herrero, en donde aprendía ese duro oficio cuando nuestras continuas revoluciones de aquella época lo hicieron de nuevo empuñar el fusil; fue cogido de leva a fines de 1857 y filiado en el batallón "Fijo de San Blas".

Rudo por demás le pareció el oficio al joven recluta y desertó a los tres meses, yendo a refugiarse al mineral de Motaje, al pie de la Sierra de Acaponeta, en donde conoció a don Ramón Corona, que es ahora uno de los jefes más notables de nuestro ejército y que entonces desempeñaba el empleo de administrador de una negociación minera; pero tampoco allí permaneció largo tiempo y emprendió un viaje a Mazatlán. En Acaponeta fue aprehendido por sospechoso y sólo consiguió ser puesto en libertad por influjo del mismo Corona, y continuó su marcha hasta el puerto mencionado.

Corría el año de 1858, la guerra de Reforma se extendía encarnizada por toda la República. El general Yáñez se había pronunciado en Mazatlán en favor de los reaccionarios y ocupaba aquella plaza, en ausencia del jefe, el general Espejo. Don Pablo Lagarma, con algunos batallones de la guarnición reaccionaria de Mazatlán, se declaró por la restauración constitucional y sitiaba al puerto, y el general don Santos Degollado había ocupado a Guadalajara después de un mes de sitio. En estas circunstancias, Corona y algunos otros patriotas se pronunciaron en Acaponeta en favor de la Constitución de 1857, y nuestro joven Cajeme se decidió a seguir aquella causa y se presentó como soldado en las fuerzas de Lagarma. Poco después pasó a un batallón en Sonora compuesto de pimas, ópatas y yaquis, y concurrió al combate de los Mimbres en que las fuerzas liberales al mando de Coronado derrotaron al general reaccionario Iguanzo, que había salido de Mazatlán.

El general Pesqueira, gobernador de Sonora, jefe de las fuerzas que operaban sobre aquel puerto, después de algún tiempo de permanencia en Cosalá, renovó el sitio, y el 3 de abril de 1859 tomó la plaza a viva fuerza. El cuerpo a que pertenecía Cajeme se distinguió en aquel hecho de armas, arrojándose a la bayoneta sobre los fortines del enemigo.

Después de la toma de Mazatlán, el gobernador Pesqueira, con una parte de sus fuerzas, regresó a Guaymas en el vapor *Santa Cruz*. Cajeme venía allí y en este puerto fue dado de baja.

A la sazón se encontraban alzados los indios yaquis y el gobierno del Estado mantenía en el Médano una pequeña guarnición para contenerlos. Cajeme se presentó voluntariamente al jefe de aquella fuerza para combatir a los rebeldes y prestó allí sus servicios hasta que el destacamento se retiró a Guaymas por no poder resistir el gran número de sublevados.

En aquella época memorable, las revoluciones eran en Sonora el pan de cada día y a su regreso de Sinaloa, Pesqueira halló levantado en armas al partido gandarista, viéndose precisado a emprender nuevas luchas. Cajeme sirvió en sus fuerzas, como cabo de artillería, durante algún tiempo, hasta que restablecida un tanto la paz, fue dado de baja. Viene luego un periodo de varios años en que nuestro héroe vivió con esa vida obscura y pacífica de los indios medio civilizados que habitan nuestras poblaciones, sin que ningún incidente turbara la monotonía de aquella existencia, hasta que en 1867, con motivo de un serio alzamiento de los yaquis, se abrió una nueva campaña sobre ellos, con fuerzas que el gobierno del Estado puso a las órdenes del coronel Don Próspero Salazar Bustamante. Cajeme formó parte de estas fuerzas como jefe de una guerrilla de caballería. Aquella campaña fue una de las más sangrientas de las que se han emprendido sobre los yaquis y Cajeme tomó parte en ella en contra de los de su raza. Su conocimiento del terreno y de las costumbres de los indios, su astucia y su valor, lo pusieron en aptitud de prestar importantes servicios en aquella guerra. Desde fines de 1867 hasta junio de 1868 duró aquella lucha en el río Yaqui, lucha fecunda en combates y desastres para los indios, que fueron perseguidos con verdadero encarnizamiento. Los servicios que durante ella prestó Cajeme, lo hicieron ascender a capitán y se le dio el mando de una compañía de 100 hombres.

En 1873 se pronunció en Alamos Carlos Conant proclamando la Constitución reformada de 1872 y después de algunos incidentes que no es de este lugar mencionar, perdida la esperanza en el triunfo, se refugió en el territorio de Chihuahua atravesando la Sierra Madre. El gobierno del Estado había puesto algunas fuerzas en persecución de los pronunciados, entre otras, 400 hombres al mando del coronel Salazar Bustamante, a quien se le incorporó Cajeme, en su marcha para Alamos, con seis hombres que había podido reunir. Salazar siguió a los restos de Conant hasta la Villa de Chínipas, en territorio de Chihuahua, y Cajeme tomó parte en aquella expedición como capitán de caballería a las órdenes de Jesús Amavisca.

Terminada esa campaña, nuestro héroe fue enviado a Córorit con algunos indios que habían servido en ella, con la comisión de darlos de baja en aquel pueblo.

La historia sangrienta de las tribus yaqui y mayo, duran-

te la segunda mitad del siglo, presenta una uniformidad que sólo fue interrumpida por la última campaña en que han sido completamente vencidas en la guerra y han quedado sumisas al gobierno bajo respeto de las armas federales, que mantienen en ambos ríos una paz absoluta. Antes de esta campaña, todas las que se habían hecho contra esos indios guerreros no obtuvieron jamás sino resultados a medias. Las tribus se levantaban con cualquier motivo, declarándose en abierta rebelión robando ganados y conduciéndolos al centro de la región sublevada para enriquecerse con el fruto de su rapiña; el gobierno abría campañas sobre ellas con fuerzas insuficientes para dominarlas por largo tiempo, y después de uno o más combates en que los indios quedaban vencidos y de perseguirlos por los bosques con más o menos encarnizamiento, los caciques solicitaban el indulto ofreciendo mantenerse en paz, se les concedía, las fuerzas se retiraban y los indios quedaban independientes y nominalmente sujetos al gobierno por medio de autoridades que éste les nombraba de entre ellos mismos, vínculo asaz débil y que ellos mismos rompían con la mayor facilidad, cada vez que se les antojaba, verificando un nuevo alzamiento. Entonces se abría campaña y se repetía exactamente lo que acabamos de reseñar.

En 1874, después de vencer la revolución de Conant, durante la cual Cajeme militó en las fuerzas del gobierno, dándole pruebas de adhesión, fue nombrado alcalde mayor del Yaqui con el fin de mantener pacífica aquella tribu por medio de la influencia de un jefe de la misma raza que por sus dotes pudiera dominarla a la vez que seguir adicto al gobierno que le proporcionaba el mando del río. Pero el gobierno no contaba, al hacer ese cálculo, con la tendencia perdurable de los indios a conservarse independientes y no previó que la adhesión de Cajeme tenía que ser vencida por esa tendencia y por las sugerencias de la tribu entera que habían de impulsar a aquel cacique a rebelarse con los suyos, convirtiéndolo en un enemigo peligroso.

Así sucedió en efecto, y desde los primeros meses de 1875 con motivo de la fuerte oposición que se levantó en el Estado contra la administración Pesqueira, los yaquis, encabezados por Cajeme, comenzaron a dar muestras de una próxima insurrección y a fines del año estaban abiertamente rebelados y se reunían en masas considerables amagando desbordarse sobre el resto del Estado, en momentos en que el gobierno de

don José J. Pesqueira luchaba sin descanso contra la popular revolución que caudilló don Francisco Serna.

Tales eran los temores que inspiraba el Yaqui, que, aun dejando encendida la tea revolucionaria, el gobernador Pesqueira se resolvió a emprender personalmente la campaña sobre el río y el 26 de noviembre marchó de Guaymas con quinientos hombres y una batería. El primero de diciembre llegó a la Pitahaya y se apoderó de las lagunas que hay en aquel punto, único lugar en que se encuentra agua antes de llegar al Yaqui. Cajeme, que había salido de Torin en la madrugada de aquel mismo día a la cabeza de mil quinientos indios, llegó a la Pitahaya un poco después que las fuerzas del gobierno y no pudiendo posesionarse del agua, se situó a poca distancia hacia la cordillera del Bacatete. Antes de romper las hostilidades, Pesqueira hizo algunas proposiciones a Cajeme, con la mira de someterlo sin necesidad de combatir; pero éste, lejos de aceptar aquel medio, hizo regresar al parlamento con esta respuesta: "Diga usted al gobernador Pesqueira que no me someto y que lo espero para el combate"; rasgo de hidalguía no común en estos tiempos, y menos en los indios. Cajeme fue derrotado después de una lucha sangrienta en que sufrió una pérdida de sesenta muertos y gran número de heridos y durante la cual los yaquis dieron pruebas de gran valor arrojándose a pecho descubierto sobre la artillería que los barría con sus descargas.

Esta derrota no fue más que el principio de la guerra y Pesqueira avanzó hasta el centro del territorio sublevado persiguiendo a los indios, que se defendían en pequeños grupos en los bosques, sin pensar jamás en rendirse.

La revolución sernista, tomando grandes creces en el Estado, obligó a Pesqueira a retirarse del río sin haber conseguido la sumisión de los sublevados, que quedaron orgullosos con su resistencia.

Desde entonces permaneció el Yaqui, sin interrupción, sustraído de la obediencia del gobierno, y Cajeme, habiendo conquistado allí gran prestigio con la retirada de las fuerzas, entró de lleno en el goce de un poderío que se propuso conservar por medio de un sistema administrativo. Organizó los pueblos con sus gobernadores, alcaldes, capitanes y temastianos, funcionarios éstos últimos de suma importancia entre los indios y que tienen a su cargo el cuidado de las iglesias y de los santos y la administración del culto religioso. Para las resoluciones de importancia que afectaran los intereses comunes de la tribu, estableció el sistema de asambleas populares que se reunían por

mandato del mismo Cajeme cada vez que creía necesario consultarles algún asunto. Estas asambleas se componían de todos los indios en general, no tenían lugar fijo para verificarse; el jefe, por medio de los gobernadores de los pueblos, los convocaba determinando el lugar de reunión; el cacique exponía el negocio de que deberían tratar y se sujetaba a la resolución de la multitud.

La administración de justicia estaba en cada pueblo en manos de los alcaldes y gobernadores, y estos últimos, los capitanes y los generales, entendían en todo lo relativo a la guerra.

Esta organización imperfecta, sin leyes escritas que limitaran y detallaran las facultades de cada funcionario, daba, naturalmente, lugar a que el jefe supremo invadiera cada vez que quería las atribuciones de todos, resultando de ahí que su poder no tenía más limitación que la voluntad de lo que llamaban los ocho pueblos, expresada en las asambleas.

No descuidó Cajeme la organización de la hacienda; estableció un impuesto a las lanchas que hacían el comercio entre el puerto de Guaymas y el Médano, por la desembocadura del río; cobraba derechos de peaje a los que traficaban por tierra, y vendía a los especuladores la sal que hacía extraer de los magníficos criaderos que hay en aquel litoral. Además de esto, hacía que cada pueblo destinara por cierto tiempo un número de indios para que sembraran y cosecharan maíz y frijol en beneficio del jefe de la tribu; este servicio era igualmente exigido en el Yaqui que en el Mayo y los pueblos tenían que mantener por su cuenta a los trabajadores. Otro de los ramos de ingreso era el rescate que exigía a los dueños de ganados que robaban los indios en los ranchos inmediatos y que algunas veces eran devueltos a los que se atrevían a ir a reclamarlos, previo el pago de una cantidad que el mismo Cajeme señalaba.

Para adquirir elementos de guerra, se despojaba a los viajeros de sus armas; se recogían las de todos los desertores del Ejército, que siempre encontraban allí un refugio seguro; se exigía un corto número de cartuchos a cada patrón de las lanchas que iban a Guaymas, y poco a poco, sin hacerse notar se compraba parque en las poblaciones más inmediatas por medio de los indios que constantemente salían del río y volvían a él sin ningún obstáculo.

Con el fin de poner en acción el esfuerzo de todos, estableció Cajeme que cada gobernador de un pueblo tuviera la obligación de tener prontos para la guerra, armados y equipados, cierto número de hombres, y los gobernadores, a su vez, dis-

tribuían esa obligación entre los capitanes y éstos entre la masa común de los indios.

Con esta organización, que a grandes rasgos hemos procurado trazar, Cajeme afianzó su dominación, la extendió hasta el río Mayo, en donde tenía un lugarteniente que ejecutaba sus órdenes a todo trance y adoptó para sí el título de capitán general de los ríos Yaqui y Mayo. En los primeros tiempos tuvo un teniente general, que lo fue Loreto Molina; pero en breve se disgustó con él y lo obligó a salir huyendo del río.

Durante la época de su cacicazgo se levantaron en el Yaqui diversas oposiciones contra Cajeme, pero siempre dominó a los que se atrevieron a pretender sobreponérsele. Una vez se formó una conspiración para hacer un levantamiento en su contra y matarlo; la descubrió a tiempo y fusiló a los que la encabezaban. En otra ocasión, un indio de alguna influencia llamado Yorijelipe, padre de varios guerreros y dueño de algunos bienes, pretendió perder a Cajeme en el ánimo de la tribu, aprovechando para conseguirlo una cuestión relativa a las salinas, la cual le ofrecía una coyuntura para dar a sus pretensiones el carácter de interés general en favor de los indios; pero Cajeme supo eludir el golpe reuniendo una asamblea en la que, dando cuenta de su conducta, tomó la espada, símbolo del mando, la puso en tierra y dijo que renunciaba el cargo de capitán general y deseaba que se le confiara a su mismo enemigo Yorijelipe. Los indios vacilaron un momento, pero al fin prorrumplieron en aclamaciones en favor de Cajeme, le confirmaron el mando y confiscaron los bienes de Yorijelipe, a quien, además, hicieron salir del río. De esta manera, sometiéndose en apariencia a la voluntad general y alardeando de que sólo desempeñaba el cargo de capitán general por obsequiar los deseos de la tribu, para beneficio de ella y aún en contra de su propia tranquilidad y de sus intereses, Cajeme afianzaba su dominio y lo hacía cada vez más absoluto. Otro de sus medios más eficaces era halagar en los indios el sentimiento de la independencia, que es en ellos tan profundo.

Efectivamente, Cajeme los había salvado del sacrificio de someterse a la obediencia del gobierno en la campaña de fines de 1875 y principios de 1876, los conservaba independientes de la dominación de los blancos, con su gobierno y sus autoridades propias y les juraba morir en defensa de aquella situación y de la integridad de sus terrenos, y esto constituía el mejor título para conservar su prestigio. Agregábase a eso su conocimiento de las tribus, su astucia para tratarlas y cierta elo-

cuencia en su lenguaje, circunstancias todas que contribuían a mantener su superioridad.

Después del combate de la Pitahaya y de algunos disturbios de más o menos importancia en el río Mayo, los indios vivieron en una paz casi satisfactoria en ambos ríos, hasta 1882. En ese año, por causas que no es fácil determinar, efectuaron un levantamiento durante el cual Cajeme siguió su sistema de no aparecer como el instigador, sino como un servidor de las tribus. A consecuencia de algunos incidentes en el Mayo, en donde el gobierno de don Carlos R. Ortiz se preparaba con fuerzas considerables, Cajeme resolvió moverse en el Yaqui; reunió gran número de guerreros y en principios de octubre penetró al río Mayo y se situó en el pueblo de Etchojoa con una masa de cerca de tres mil indios, entre yaquis y mayos, fuerza que los jefes del gobierno hacían ascender a más de cuatro mil hombres en los partes que rendían. Para mantener a sus soldados, Cajeme destacaba pequeñas partidas sobre los ranchos inmediatos, las cuales recogían ganado que servía para alimentar tan numerosa hueste.

El gobierno tenía sus fuerzas en Navojoa, en número de mil hombres, a las órdenes de don Agustín Ortiz, hermano del gobernador.

El jefe indio, temeroso de una acometida y con el fin de estar más cerca de los ranchos que le proporcionaban la alimentación de sus tropas, se movió de Etchojoa y se situó en Capetamaya, movimiento que ejecutó engañando a Ortiz y haciéndole creer que dividía sus fuerzas. Este creyó, en efecto, que no se habían situado en Capetamaya más que unos mil indios, y con el fin de sorprenderlos y darles un golpe que desmoralizara el grueso del enemigo, salió el 15 de octubre de Navojoa con ciento cincuenta hombres de infantería y ciento treinta jinetes; hizo una marcha violenta para sorprender a los mil indios que suponía en Capetamaya, mas al llegar a aquel rancho en la mañana siguiente, se encontró allí a Cajeme en persona con todo el grueso de sus fuerzas. Se trabó un combate sangriento y terrible en que los soldados y oficiales de Alamos se batieron con denuedo. Cajeme resistió el choque con firmeza; se batió personalmente con valor y fue herido en una mano, de cuyas resultas perdió un dedo. Después de una larga y encarnizada refriega, los indios huyeron hacia el Yaqui y Ortiz y sus fuerzas salieron dispersos por diversos rumbos, quedando en el campo como doscientos indios

mueritos. Las fuerzas del gobierno tuvieron una pérdida de quince muertos y cincuenta heridos.

Esa jornada, aunque poco feliz para Cajeme, le dio entre los suyos el prestigio de un valor personal de que dio pruebas durante el combate y los indios quedaron contentos porque aún cuando tuvieron que refugiarse en el centro del Yaqui con su jefe herido, no se emprendió ninguna persecución sobre ellos.

No pudo hacerse esto porque las fuerzas de Ortiz habían quedado también muy mal paradas y disminuidas por la dispersión y porque en aquellos momentos se complicaron de tal manera los asuntos políticos del Estado, que el gobernador Ortiz se separó del gobierno y se marchó a la capital de la República.

Desde esa época y con sólo la excepción de algunas alarmas en el Mayo, los indios permanecieron relativamente quietos. Cajeme volvió al Yaqui y siguió gobernando a las tribus, contento de mantener su independencia y su dominio absoluto sobre ellas. Previendo que necesitaría sostener nuevas guerras para prolongar aquel estado de cosas, dedicóse con empeño a proveerse de armamento, quitando a los viajeros que se aventuraban a entrar al Yaqui toda clase de armas que llevaran, adquiriendo cartuchos por los medios que tenía ya establecidos y predicando con nuevo ardimiento la necesidad de resistir al dominio de los blancos.

Sin embargo, como sucede en toda dominación larga, el cacique yaqui había perdido en los últimos años mucho de su prestigio; en varios pueblos del río se oían murmullos de descontento y ya asomaba la cabeza una oposición que podía convertirse en una tempestad. Cajeme, que en los primeros años había guardado una conducta privada intachable, había ido poco a poco relajándola; de continuo se embriagaba y cometía faltas a los más débiles y junto con su intemperancia se había desarrollado en él el vicio de las mujeres, que lo hacía cometer atropellos muy mal vistos por una tribu cuya cualidad relevante es la honestidad. Pero la energía que había desplegado siempre para dominar y castigar a los descontentos estaba viva en la memoria de los indios y nadie se atrevía a promover ningún disturbio interior. Muchos de los que no estaban satisfechos de aquella situación, porque hubieran sufrido en sus personas o en sus intereses las persecuciones de Cajeme, se habían salido del Yaqui y vivían o en Guaymas o en las haciendas del interior, esperando una opor-

tunidad para destronar al que por tanto tiempo había dominado la tribu.

Algunos de esos descontentos se unieron al ex teniente general del río, Loreto Molina, se armaron como pudieron y sigilosamente, en número de treinta hombres, se embarcaron en Guaymas en una canoa, tomaron tierra en la ensenada de los Chiltepines y haciendo una marcha forzada se presentaron en la noche del 28 de enero de 1885 en la casa de Cajeme, en el lugar llamado los Guamúchiles, con el fin de apoderarse de él; pero Cajeme había emprendido ese mismo día un viaje al Mayo y no encontrándolo los asaltantes, le incendiaron la casa, atropellaron a su familia, hicieron fuego sobre algunos indios hiriendo a uno y tomando preso a uno de los generales de Cajeme, de nombre Juan Síquili y a tres indios más, emprendieron la marcha de regreso, no sin que en el camino los alcanzara una partida de guerreros que los tiroteó consiguiendo que se escaparan los prisioneros.

En su tránsito al Mayo alcanzó al cacique la noticia de lo sucedido a su familia, regresó inmediatamente, ordenó que fueran detenidas en el Médano algunas lanchas de Guaymas que había allí a la sazón y dirigió una comunicación oficial al capitán de Puerto de Guaymas diciéndole que aquellas embarcaciones no quedarían en libertad sino previo el rescate de cincuenta a doscientos pesos por cada una, según su capacidad, que se pagarían en el término de diez días, después de cuyo plazo no debería contarse con las lanchas que no hubieran sido rescatadas. Al mismo tiempo envió a decir al prefecto de Guaymas, por medio de un comisionado, que deseaba saber si el asalto sufrido en su casa había sido ordenado por la prefectura o por el gobierno, o si era obra exclusiva de sus autores; que en el primer caso hacía presente su extrañeza, pues él era un buen mexicano dispuesto a defender su Patria en cualquiera guerra extranjera, y en el segundo pedía que se persiguiera y castigara a los ejecutores de aquel atentado, pues de lo contrario, se vería obligado a tomar el desquite haciendo algunos daños en los puntos inmediatos al río.

Para que sus amagos no fueran vanos, Cajeme se ocupó desde luego en reunir a los indios por medio de sus lugartenientes, organizándolos con el fin de estar prontos para la guerra, dio órdenes al Mayo para que se hostilizara al distrito de Alamos y como no se rescataran las lanchas que había detenido en el Médano, las mandó incendiar y en número de veintidós fueron presa de las llamas. Además destacó algunas partidas

de sus soldados sobre los ranchos inmediatos a ambos ríos y ya para el 21 de febrero había cumplido su promesa de hacer daño, pues los indios habían atacado y robado el rancho de La Noria, cerca de Baroyeca, habían puesto fuego y destruido la pequeña hacienda de Las Termópilas, en el Valle de Guaymas, dando muerte allí al señor Joaquín Salazar, y se habían llevado algunos ganados de los ranchos inmediatos al Mayo.

Así comenzaron las hostilidades en la última revolución del Yaqui; no la seguiré paso a paso en todos sus incidentes porque no sería propio de este lugar, y sólo referiré aquellos más notables que se relacionan más inmediatamente con el héroe de esta narración.

Mientras los indios se ocupaban de atacar los ranchos indefensos y robar en los despoblados y Cajeme organizaba sus elementos de guerra, el gobierno federal y del Estado se habían resuelto a emprender una campaña formal sobre las tribus hasta someterlas al orden y con tal fin se reunían fuerzas de guardia nacional en varios distritos y se concentraban las tropas federales hacia el teatro de la guerra, avanzándose algunos pequeños destacamentos rumbo al Yaqui en los lugares por donde los indios hacían más comúnmente sus salidas. Después de los preparativos necesarios, en los primeros días del mes de mayo, las fuerzas que se habían reunido, ochocientos hombres del Estado y mil cuatrocientos de la federación, emprendieron resueltamente su marcha sobre el Yaqui, una por La Misa, Llitaco, Mapole y la Pitahaya a las órdenes del general en jefe, don José Guillermo Carbó, y la otra por Buenavista, Jocatacari y Cócorit, al mando del general B. Topete, con el proyecto de reunirse en día determinado en el Pueblo de Torín, en el centro del territorio sublevado.

Cajeme, por su parte, se había ocupado de hacer sus preparativos de defensa; había reunido como tres mil guerreros en diversos grupos mandados por los generales de los pueblos, y para tener un punto de apoyo, había construido el fuerte llamado del Añil, cerca del pueblo de Vícam, en el centro de un espeso bosque a la margen izquierda del río. Este fuerte consistía en un ancho foso que abarcaba un recinto bastante extenso cortado medio a medio por la carretera que viene de Torín. Detrás del foso tenía una fuerte empalizada de gruesos maderos clavados en tierra capaces de resistir las balas de cañón. Detrás de esta empalizada estaban las fuerzas principales de los indios, divididas en varios grupos, cada uno

de los cuales defendía determinado punto de la fortificación. Cajeme estaba allí y tenía a su cargo uno de los puntos de defensa. Dentro de aquel recinto se habían acopiado algunos víveres y ganados, y para no carecer de agua, Cajeme había hecho construir un camino cubierto hasta el río, en una distancia como de ochocientos metros.

Además de las fuerzas encerradas en el Añil, el cabecilla yaqui tenía a todo lo largo del río varias columnas expedicionarias y muchos grupos, más o menos importantes, que se ocupaban unos en reunir a los indios dispersos, y otros en el merodeo.

El general Carbó llegó al Médano, estableció allí su cuartel general para tener expeditas por mar las comunicaciones con Guaymas y despachó al general Lorenzo García con seiscientos hombres a fin de que, en el día determinado, se uniera con el general Topete en Torín.

Este jefe, desde su salida de Buenavista, tuvo que sostener constantes tiroteos durante la marcha, llegó sin ninguna novedad de importancia a Torín; se unió allí con García, y enseguida retrocedió con su columna hacia Potam; dejó al coronel Lorenzo Torres en Torín con cerca de quinientos hombres y él (Topete) con seiscientos soldados y una pieza de artillería, siguió el 16 de mayo hacia el Médano por la margen izquierda, en busca del cuartel general. Esta columna tropezó en su marcha con la fortificación del Añil y el general Topete mandó atacarla con la infantería y con el cañón que llevaba; pero los indios, alentados con la presencia de Cajeme, la defendieron detrás de los parapetos y rechazaron a Topete obligándolo a retirarse a Vicam, dejando en el campo veinte muertos y logrando salvar cincuenta heridos que tuvo, y el cañón, gracias al arrojo del coronel Juan A. Hernández, jefe de la caballería.

Este contratiempo, por ligero que fuese, envalentonó a los yaquis, confirmó el prestigio de Cajeme, quien por primera vez entre ellos había introducido el sistema de guerra defensiva en puntos fortificados, y no dejó de hacer sufrir a la moral de las tropas del gobierno. El cabecilla yaqui mandó entonces fortificar algunos lugares que juzgó ventajosos para la resistencia y dio órdenes a todos sus subalternos para no presentar batalla en ninguna parte y no batirse sino detrás de las trincheras. Este sistema obtuvo éxito por el momento y aunque las fuerzas del gobierno derrotaban de continuo a las partidas de indios que lograban encontrar en campo raso y

aún a las que llegaron a atacar en algunas fortificaciones, como sucedió en el cerro del Omteme, la verdad es que no se atrevían a tomar el Añil ni otros lugares dentro de los bosques en donde los indios se habían hecho fuertes.

De esa manera se prolongaba la guerra y aunque Cajeme tenía la esperanza de que el gobierno diera por terminada la campaña, sin otros resultados, como había sucedido constantemente, también temía que en esta vez insistiera en ella hasta hacer la conquista definitiva de las tribus y hacerle perder su dominio en los ríos. Con el fin de explorar el ánimo de los jefes del gobierno y para ganar tiempo en espera de que llegara el mes de julio, época de las lluvias y de los grandes calores en que las operaciones se hacían más difíciles, Cajeme ordenó a sus generales Anastasio Cuca y Juan María que entraran en pláticas con el jefe del destacamento situado en Torín, ofreciendo someterse al gobierno y vivir en paz a condición de que las fuerzas evacuaran inmediatamente el Yaqui; pero semejante convenio era inadmisibile, ni siquiera podía discutirse y se exigió a los sublevados que se sometieran entregando sus armas y sin concederles más garantías que las de respetar sus vidas e intereses, quedando sujetos a lo que el Supremo Gobierno tuviera a bien determinar respecto de ellos, condiciones que, por su parte, tampoco quisieron admitir.